

Pluma y Lapiz

PERIÓDICO ILUSTRADO

20
CÉNTIMOS

ADMINISTRACIÓN - BUSQUETS HERMANOS - CALLE DEL OLMO Nº 8.



PASEO EN TRINEO



DESDE LA PUERTA DEL SOL

Las aperturas de Córtes constituyen uno de los cuadros más llenos de color de la vida madrileña, contando, por supuesto, con el sol, sin el cual no hay bruidos ni resplandores. La indumentaria del pasado siglo, fastuosa y espléndida, teatral y á propósito para grandes apoteosis, cae muy bien atravesando las calles de la población con una comitiva régia. Nuestros trenes palatinos gozan fama universal por lo vistosos y ricos, y no hay sino imaginarse, horadando una multitud vestida con la monotonía y obscuridad contemporáneas, el magistoso cortejo de carrozas de bronce, ca-

ba y concha, con miniaturas, esmaltes y relieves; de caballos empenachados con guarniciones de estambre ó de piel fina; de aurigas y lacayos con sombrero de tres candiles, chupa, casacón con galones de oro, y media grana; de postillones con peluca blanca, de correos de gabinete y caballeros con casaca azul negro y peto rojo; de guardias con casco y coraza; imaginase tal desfile entre dos filas de soldados con uniforme de gala, y entre los acordes de la marcha real, entonada por las bandas de los regimientos, los cañonazos disparados por la artillería, y el rumor inmenso de la muchedumbre...

El madrileño de raza no deja nunca de asistir á estas fiestas... Es un gran día de asueto, de paseo, de espectáculo gratis, y de novias... El día 5 fué la Reina á presidir la apertura de la nueva legislatura... Los habitantes de la Villa heroica han apuntado una nueva fecha en su corazón.

—Beso á V. la pezuña, señor buey...

—Muy señor mío...

—Nada, que deseo que V. me dé algunos datos acerca de la temporada presente...

—¿Es V. Sobaquillo?

—No tengo ese honor, y bien lo siento, porque es uno de los escritores á quien leo con verdadero deleite...

—Nosotros todos, desde el matador hasta los mansos, le tememos, porque pega, pero le apreciamos por la gracia y la finura con que lo hace... ¿Con que deseaba V. algunos datos?...

—¿Si no hay en ello peligro de sorprender ningún secreto de Estado!...

—¡Ninguno!... ¡Mire V.!... De que descanse, porque acabamos de venir de la dehesa, y estoy molido, yo le pondré cuantos sepa en una cuartilla, y si V. los cree dignos de publicarse...

—¿Porqué no?... No sería V. el único cabestro que escribiera en los periódicos... Pero, por hoy, necesito saber siquiera lo principal...

—Pues apunte V... La empresa cuenta con ganado de Benjumea, Conrado, Ibarra, López Navarro, Miura, Moreno Santa María, Nuñez de Prado, Orozco, Pablo Romero, Tres Palacios, Udaeta; Vazquez y Veragua...

—¿Y espadas? Sé que molesto... Tiene V. el mujido tomado...

—Un poco de pasmo... Pues Mazzantini, Guerra, Jarana, Bonarillo y Reverte...

—¡Bien!... No importuno más... ¡Que se alivie, y me mande eso!...

—Descuide V.

—Muy buey mío...

A estas horas irá navegando en el «Isla de Panay», en derrota hacia aquel lejano pedazo de patria, necesitado de su prudencia, de su valor y de su sabiduría. Por espacio de muchos años ha regido con singular tino el Principado catalán, como todas las regiones que se distinguen por su virilidad y entereza, difíciles de gobernar sin un buen talento, olvidándose siempre de la espada para acordarse de que tiene un corazón... En sus ratos solitarios y contemplativos, en esos momentos en que solo se descubre desde cubierta el mar por todas partes, y en que surgen en la memoria cuantas siluetas nos son queridas, habrá pasado por su mente, con una infi-

nita ternura, la de su amada Barcelona, acudiendo en masa á despedirle al muelle, á darle el último adiós, con los ojos húmedos, desde las escalerillas de la plaza de la Paz...

Y entónces, recordando en el ayer, recordando los graves problemas sociales suscitados en una región eminentemente fabril, como la confiada á su mando, minada por la miseria y por las doctrinas anárquicas, recordando la buena voluntad con que á sus ruegos y á sus consejos respondieron siempre dueños y obreros, transigiendo sin derramamientos de sangre, él, que es noble y generoso, habrá exclamado, como síntesis de su historia militar y política al frente de Cataluña: ¡Me los pintaron bravos y duros, y lo eran; pero no me los describieron razonables y dulces, y lo son!...

Para formase idea del espectáculo presentado á los madrileños por Miss Tuller en el circo de Parish, hay que recordar esas alegres visiones que dibuja en la mente el champagne, á las cinco ó seis copas... La mujer mariposa, con alas de gasa y morbideces de hembra, que sonríe, que parece que vá á dejarse cojer, que se ve, que se eclipsa, que surge de pronto entre un estallido de luz y que se hunde de pronto también en la sombra... Un sueño de amor, del que se despierta cuando menos se quisiera despertar...

El teatro se queda á obscuras, en el escenario aparece una silueta que se agita entre gasas, que se retuerce, que despliega unas grandes alas, que describe un remolino, que baña de resplandores de diversos tonos, varios rayos de luz enfocados desde lo alto... Aquella especie de danza de infierno bailada por una diosa de las llamas, no dura mucho... Acábase el vals lento que la orquesta toca á la sordina, y súbitamente se ilumina el local, y de entre las gasas radiantes, sonriente, hermosa, espléndida, luciendo su presencia estatuaría surge la mujer... Se acabó el sueño... Una escena de ilusionismo que debería de titularse con fundamento, ¡la tentación!

Última hora. Los ingleses que en esta época del año se encuentran en la villa y córte, de vuelta de la semana santa sevillana ó en derechura á la famosa feria, han podido gozar de nuestro espectáculo clásico, viendo la arena de la plaza empapada por la sangre de un diestro. Reverte ha recibido su bautismo en el arte, y en el ánimo de los apreciables extranjeros quedará siempre viva, la silueta radiante del primer espada, mostrando la boca de una de sus heridas por entre los alhamares de oro de su traje.

ALFONSO PEREZ NIEVA

LA CONSULTA

—¡Ay! Tengo un dolor, doctor, que no me deja vivir.

—¿Dónde tienes el dolor?

—Pues, no lo puedo decir.

—Pero, algo te dolerá.

—Si; me duele todo, y nada.

Es una cosa que ya me tiene desesperada.

—¿Hay malestar?

—¡Sin cesar!

—¿Y el apetito?

—Excelente.

—¿A pesar del malestar?

—Pues como divinamente.

—¿Y duermes bien?

—Si, señor.

—¿Con sueño no interrumpido?

—Si, señor.

—Pues, ¿y el dolor?

—Tal vez se quede dormido.

—Si has tenido algún disgusto con tu novio, ya es un hecho...

—¡Cá! Si en todo me dá gusto.

Y yo también.

—¡Buen provecho!

—Y como no acierto con la causa de esto, quisiera,

ó darme una explicación,

ó bien que usted me la diera.

—Bien; pero algo observarás para yo poder guiarme.

—¿En dónde te duele más?

—Si no sé cómo explicarme...

Unos días, me parece

que el corazón se me achica;

otros días, que me escuece,

y otros días, que me pica.

Y otros días, sin saber

la causa, ni la razón,

¡plúm! pues me empieza á crecer,

de repente, el corazón.

—¿Así, de pronto?

—De pronto.

Y de pronto se me pasa.

—¡Pues, hija, me dejas tonto!

—Eso me dicen en casa.

Hoy, cuando me levanté,

tan buena que me sentía;

y al poco rato, noté

que el corazón me crecía.

—¿Y aun te crece?

—Si, señor.

Y me crece sin parar.

—Entonces—dijo el doctor—

te lo tengo que mirar.

—¡Me dá vergüenza!

—¿Porqué?

Si eso le pasa á cualquiera.

Y yo te lo miraré

como si no te lo viera.

—¿Y he de quitarme el vestido?

—Un poco, solo no más

para aplicarte el oído;

conque, no te enfriarás...

—¡Ay! ¡Me dá mucho rubor

ponerme así, en su presencia!...

—Anda, no tengas temor;

si, quien te mira, es la ciencia.

—Asi... ¿es bastante?

—Pero, hija,

asi no puedo auscultar;

porque eso es una rendija,

y no me puedo acercar.

—¡Ay! Entonces... yo no sé,

¡si está el corsé por delante!...

—Pues, affójate el corsé.

—Asi... ¿es bastante?

—Bastante.

—Y... ahora, ¿qué vá usted á hacer?

—Pues, colocar el oído

sobre el pecho, para ver

si lo tienes muy crecido.

—¡Ay! ¿el pecho? demasiado.

—Ya... ya lo veo, hija mía.

Pero, ¿no me has indicado

que el corazón te crecía?

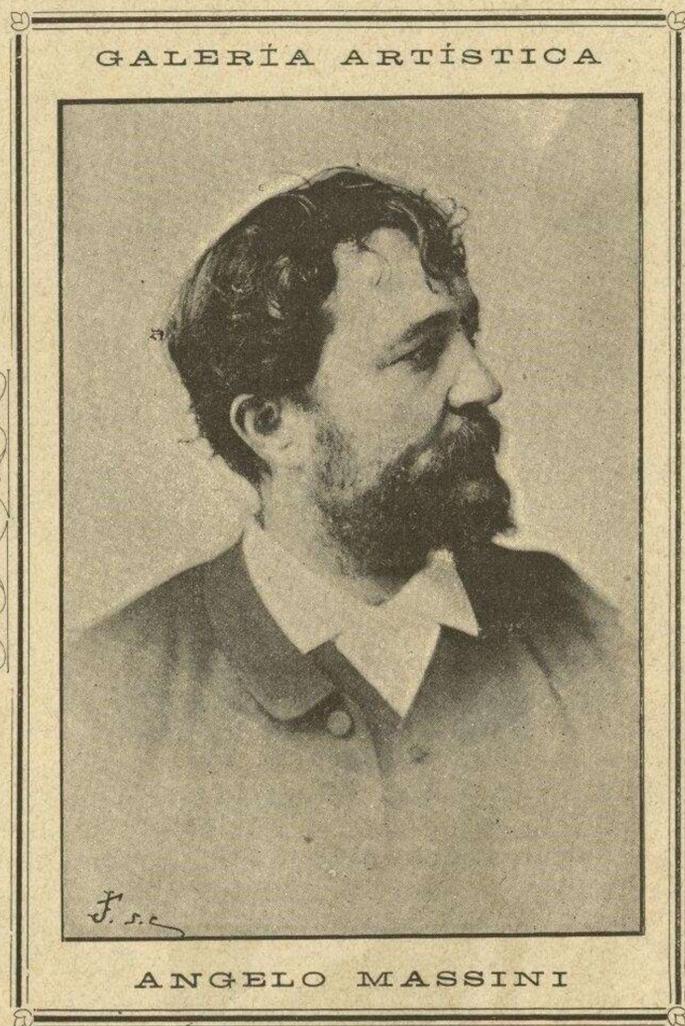
—Si, señor; y ahora también

me está creciendo, el maldito.

—¡Quieta!... No te muevas, en lo menos un minutito.
 —¿Puedo hablar?
 —Si quieres, habla.
 —¿Qué observa usted?
 —Poca cosa.
 —¿Qué?
 —¡Que tienes una tabla de pecho, maravillosa!
 —¿Y el corazón?
 —Ya lo siento.
 —¿Lo tengo sano?
 —¡Muy sano!

Pero, ¡tén calma un momento, y no me apartes la mano!
 —¿Me lo siente usted crecer?
 —¡Espera un poquito... espera!...
 —¿Aun no me puedo mover?
 —¡No! ¡De ninguna manera!
 —¿Me crece?
 —Creo que sí...
 ¡Ay!...
 —¿Qué le sucede a usted?
 —Pues, ¡que ahora me crece a mí!
 —¡Adios! ¡Ya le contagié!

CONSTANTINO GIL



VERDI Y CASTELAR

II

PARA llegar á *Falstaff*, cuyo ruidoso éxito ha dado margen á las *Murmuraciones europeas* de que vengo ocupandome, hay que leer el último párrafo del artículo del Sr. Castelar.

Todo lo demás se reduce á una série de divagaciones arlequinascas, en las cuales el autor se embriaga como un tomador de opio, en esas orgías de declamaciones, con acompañamiento de ¡ahl, de ¡ohl, de ¡pardiez! y otras zarandajas cursis que el Sr. Castelar conserva como oro en paño y emplea con irrisoria prodigalidad.

El Sr. Castelar habla de Wagner como habla del Verdi de las espadas centelleantes, vibrantes y fulminantes, lo cual quiere decir que, yendo las corrientes hácia Wagner, el Sr. Castelar sienta en su artículo plaza de Wagnerista.

¡Wagnerista el Sr. Castelar! El Wagnerismo del orador ilustre es, en mi concepto, un sarcasmo, y bastaría para llevar á mi ánimo la convicción de que cuanto escribe de algun tiempo á esta parte es puro engaño, la *floritura* de la ficción, el homenaje rendido á regañadientes á un génio consagrado, la mentida genuflexión ante un artista que el Sr. Castelar no comprende ni puede apreciar, y á quien profesa, estoy seguro de ello, un odio africano.

¡Y como no! Wagner es la negación de todos los amores musicales del Sr. Castelar, es un iconoclasta que ha derribado las imágenes que adoraba el tribuno y cerrado á la ópera las puertas de esa melodía tradicional, mórbida, sensual, genuinamente italiana, que el Sr. Castelar liba con arrobamiento.

El Sr. Castelar no es un romántico, no es un exaltado, no es ni siquiera un místico en el cual hace presa la sugestión del arte; es una planífera egipcia. Le pagan por llorar y llora á moco tendido, pero llora lágrimas fingidas, á tanto la línea ó á tanto el artículo, y su llanto, por lo mismo que no arranca del corazón, corre á voluntad y es inagotable.

Su pasmosa memoria y su aplastante erudición no le sirven para dar mayor fuerza á los razonamientos por la comparación y crí-

tica de hechos y de opiniones, sinó para exhibirlas, venga ó no venga al caso, y cubrir con ellas la falta absoluta de ideas que campea generalmente en sus escritos.

Esa erudición es un relleno constante, el espejuelo para cazar alondras, un pañuelo de Manila, de abundante fleco y colores chillones, que el Sr. Castelar echa lo mismo sobre los hombros de Jesús y María, de Moisés y Epaminondas, de Shakspeare y Byron, que del cura Santa Cruz y Perico el Ciego. Con las galas de la elocuencia podrá lucir; escrito resulta inaguantable.

Los trabajos literarios del Sr. Castelar son, en suma, puramente mecánicos; ha abierto fábrica de literatura afeminada, perfumada, cúrsi, y construye artículos y libros con los mismos ingredientes para todo, como se hacen zapatos ó puntas de París.

¡Y un industrial así quiere hacernos creer que es artista y que admira á Wagner! No, el Sr. Castelar que califica *Lucia di Lammermoor* «ópera perfectísima», y ve en la melopea beliniana «candencias heleno-semitas», y dice que las noches de Verona «despiden notas de cristal y componen escalas cromáticas», no puede conocer á Wagner, no puede quererlo, tiene que detestarlo cordialmente y ser refractorio al génio de Leipzig.

«Confieso que no entendí el *Don Carlos* Wagneriano de Verdi la noche que lo llegué á oír, la noche de su estreno en París, el año sesenta y siete», dice el Sr. Castelar.

¡*Don Carlos* Wagneriano! ¿Se quiere prueba mas palpable de que el Sr. Castelar no conoce á Verdi ni á Wagner? Hoy entierra bajo el lirismo de su estilo empenachado al autor de *Aida*, como ayer lo puso de oro y azul ante Rossini, y amontona sobre Wagner un oceano de quincalla literaria, cuando en el fondo abomina al autor de *Lohengrin*.

En cambio se trata de Ambroise Thomas, cuyo *Hamlet* no ha logrado convencer al público de esta corte, y ¡aquí que no peco! el Sr. Castelar se encara con el autor de *Mignon* y, mirándole con el mas soberano desprecio, le espeta la inmensa majadería siguiente:

«En cosa ninguna se conoce la superioridad increíble de Wagner como en lo lírico de sus libretos, donde todo canta, y la mediocridad de Thomas como en haber musicado las tartamudas perplejidades é incertidumbres de *Hamlet*.»

Hé aquí el retrato de cuerpo entero, ó de alma entera, del señor Castelar. Como el eminente director del Conservatorio de París es un artista cuyo nombre no arma el estrépito de los de Verdi y Wagner; como pegando á Thomas no hay peligro de conmovér la opinión pública, el Sr. Castelar se despacha á su gusto, tratando de un modo inconveniente, y hasta grosero, al autor de *Hamlet*.

¿Quien es el Sr. Castelar para expresarse de tal suerte? ¿Qué autoridad tiene para decir que Ambroise Thomas ha *musicado* una obra en la cual la escena de la esplanada, el episodio de los comediantes, el final del acto tercero, la muerte de Ofelia, y otras páginas de relevante mérito, se han impuesto á la admiración de todos y al respeto general?

¿Con qué derecho, si no es el de la osadía y la ignorancia unidas, viene el Sr. Castelar á rebajar á una de las glorias musicales de Francia, al autor inmortal de *Mignon*? ¿Le parece tal vez que Rossini, su ídolo, está á la altura de Shakspeare en los dos primeros actos de *Otello*, y que, cuando los escribió, templaba Dios el órgano inmenso de las esferas que tiene las estrellas por registros?

¡El Sr. Castelar sí que es un inmenso organillo! Aturda enhorabuena con sus chillonas tocatas á los tontos, pero cúidese de no desafinar de modo tan desgarrador cuando habla de artistas á quien no conoce, de música que no se halla á su alcance, y emite opiniones reñidas de todo en todo con la cortesía y hasta con el sentido común.

Al día siguiente del estreno de *Falstaff*, Ambroise Thomas dirigió á Verdi un cariñoso telegrama de felicitación, al cual, el maestro, contestó en los terminos siguientes: «Gracias por su felicitación que procede de un gran compositor y de un caballero.»

¡De un *gran compositor*, Sr. Castelar, y no de un *mediocre musicador* de óperas!

Vuelvo á mi tema; siga el Sr. Castelar regalando el oído á los tontos; *innocens credit omne verbo*, dijo Salomón, pero ¡pardiez! que hay discretos en el mundo, y en bien de estos debe el ilustre tribuno mitigar sus pujos de gargantua de la tontería literaria.

Quiero terminar—y falta lo más grave—porque me duele verme forzado á tratar así á un hombre grande, á un hombre puro, á una gloria de la elocuencia nacional, cuyos desplantes han ido á un terreno que me toca muy de cerca y no puedo dejar pasar sin correctivo.

Si mi protexta es brutal, lo siento mucho, pero no puedo remediarlo. El Sr. Castelar tiene plácida la naturaleza y brillantísimo el estilo; mi temperamento es vehemente y mi estilo es un horror. Él escribe con careta, yo escribo sin disfraz.

Se tachará mi sinceridad de desvergüenza, se me llamará irrespetuoso, mal educado y procáz; se dirá que soy un átomo, un insecto que ataca á un gigante. Está bien, ya lo tengo descontado; pero ¿son acaso átomos ó insectos Ambroise Thomas y Verdi para que



En la terna

los trate de un modo tan irrespetuoso y desvergonzado el señor Castelar?

El final de su artículo es capaz de justificar protestas más violentas aún que la que yo formulo en estas líneas.

El Sr. Castelar se ocupa de la influencia que Shakspeare ha ejercido sobre Verdi. Para el gran tribuno, *Fulieta y Romeo* es el drama músico por excelencia, que tiene Shakspeare. ¡Bravo! Sin duda por eso ha habido *catorce* compositores, franceses, alemanes é italianos, que han puesto en música el drama de Shakspeare, incluso Bellini, sin que ninguno de ellos, exceptuando quizá á Gounod, haya alcanzado un éxito duradero; lo cual prueba que *Romeo y Fulieta* es «el drama por excelencia músico» y que el Sr. Castelar tiene, como siempre, razón.

Después de *Fulieta, Otello*. ¡Es natural! Como Rossini vertió en el acto tercero de su ópera el órgano inmenso de las esferas que tiene las estrellas por registros, punto en boca.

Llegamos á *Falstaff* y aquí empiezan las dudas del gran tribuno. Oigámosle:

«¡Habrà Verdi en *Falstaff* dado con la gracia que desplegaron Rossini en el *Papatache* y en el *Don Bartolo*, Donizetti en *Don Pascuale* y el *Elixir d' Amore*?»

Antes de reproducir la contestación que el Sr. Castelar dá á esta pregunta, conviene advertir que el gran orador anda bastante mal de ortografía italiana.

Ante todo, *el Papatache* no es título de ópera ni nombre de personaje sino denominación con que vulgarmente se designa un célebre terceto bufo de *L' Italiana in Algeri*, donde la palabra *Papatacci*, y no *Papatache*, forma, por decirlo así, el núcleo de la pieza.

Después de esto, hay que hacer constar que se escribe *Don Pasquale* y no *Don Pascuale* y *L' elisire* ó *L' elisir d' amore* y no el *Elixir d' Amore*.

Vayamos ahora al *mot de la fin*, al colmo del trabajo del señor Castelar y al colmo de su ignorantísima irreverencia, es decir, á la contestación antes prometida. Héla aquí:

«Lo dudo muchísimo: aquel D. Juan Británico, todo panza, llevando como los pulpos un estómago por cabeza y queriendo que los goces le penetren por todos los poros del cuerpo abiertos á la visita de sensaciones innumeras, me da mas que risa; me da, no diré horror, pero sí diré asco, y faltándole por necesidad en el drama lírico (¡no es drama lírico, sino comedia lírica, Sr. Castelar!) los profundos pensamientos con que Shakspeare lo atenúa todo y desnudo en las naturales vagas ondas de la música ¡oh! debe resultar una grande indecencia.»

Apelo al testimonio de todos los artistas y de todos los amantes del arte, para que me digan si puede tolerarse semejante atrocidad.

El Sr. Castelar habla de memoria, habla, como siempre, por hablar, cuando se refiere á *Falstaff* y á Shakspeare. Este no atenúa con pensamientos profundos al gran *perdido* inglés, lo presenta de carne y hueso, cínico, repugnante, soez, «receptáculo de malos humores», de una pieza y con soberana verdad, como Cervantes á Sancho Panza. Shakspeare es siempre Shakspeare, no es nunca el Sr. Castelar.

Cuanto á sospechar que Verdi resulte en su *Falstaff* un *grande indecete*, deseche el pulcro D. Emilio todo temor.

La música de la Comedia lírica estrenada en Milán hace poco, ha sido juzgada unánimemente como una maravilla de frescura y de gracia, dada la edad del ilustre compositor. Solo al Sr. Castelar le ha sido dado abrigar la duda de que resultara una *grande indecencia*.

No, Sr. Castelar; la música de *Falstaff* no ha resultado ¡oh! una grande indecencia. Lo que usted ha escrito, eso es lo que resulta ¡aaaah! una indecencia grandísima.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI

UN ENCUENTRO

¡Ay! ¡Quién iba á presumir que, después de cuestionar, habíamos de acabar por salirnos á batir!...
¿Quién fué el culpable? No sé.
¿Cuál fué el motivo? Lo ignoro.
Lo cierto y lo que deploro es el miedo que pasé.
Empezó por una broma, ofendió mi dignidad, le dije una atrocidad, y... ¡por poco me desloma!
¡Esto más! Al ver su audacia, no teniendo un guante á mano, le tiré un cigarro habano, que él recogió... por desgracia.
El insulto fué cruel,

¡pero el desprecio, peor!
¡Si yo lo pienso mejor se lo tiro de papel!
Concertado el desafío, yo, que jamás fingir puedo, entonces *fingía* un miedo de padre y muy señor mío.
Él, por su parte, decía que salía al campo á gusto, pero ¡no era flojo el susto que el desdichado tenía!
Toda la gente, en corrillos, de valientes nos tildaba.
—En efecto,—yo pensaba;— ¡somos dos valientes... pillos!
A la mañana siguiente, con el cerote mayor,

me fui al campo del honor á echármela de valiente.

Ante los sables, mi vista un momento se anubló; ¡y eso que tenía yo mucha fama de *sablísta*!

Tomé el arma... ¡Con qué apuros! Entonces recobré aliento y hasta acaricié el intento de pedirle cinco duros.

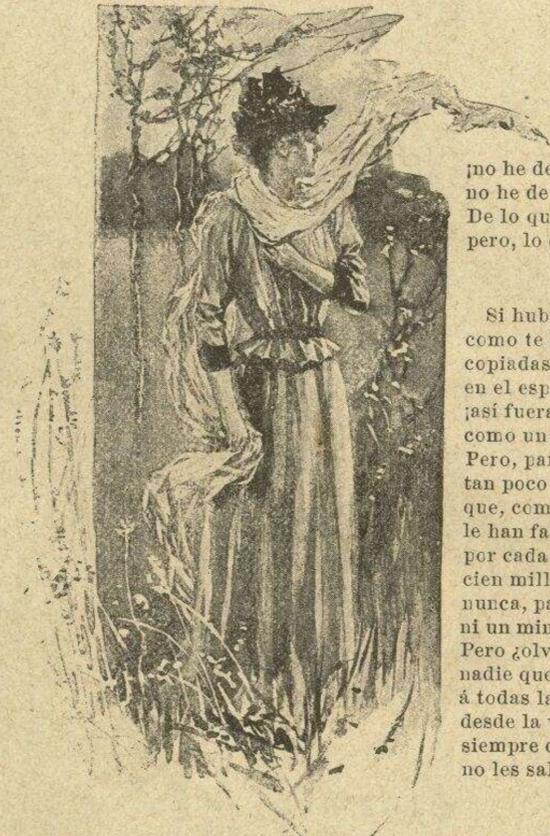
Mi rival miróme así como quien pide perdón,

y por mostrar corazón, la verdad, no se lo di.

Puestos ambos en el potro empezó el ataque rudo. ¡Ninguno de los dos, pudo dejar vencido allí al otro!

Pues de la revancha en pos, al embestir, ¡vive Dios! con empuje y arrogancia, retrocedimos los dos... ¡á cien metros de distancia!

F. ROIG BATALLER



¡no he de quererte á tí, luz de mis ojos, no he de quererte á tí, si á todas quiero!... De lo que no me acuerdo, es de escribirte, pero, lo que es de tí... ¡cuanto me acuerdo!

II

Si hubieras recibido tantas cartas como te he escrito yo de pensamiento... copiadas la mitad, ya no cabrían en el espacio inmenso de los cielos, ¡así fuera la pluma, tan delgada como un cabello de tus rizos negros!.. Pero, para la ausencia, tiene siempre tan poco tiempo, el tiempo, que, como para amarte y recordarte, le han faltado á mi anhelo, por cada hora de vida, cada día, cien millones de siglos por lo menos, nunca, para escribirte, me ha quedado ni un minuto, ni medio.
Pero ¿olvidarte á tí? ¿Qué ha de olvidarse nadie que quiera como yo, que quiero á todas las morenas agraciadas desde la vez primera que las veo, siempre que alguna rubia más bonita, no les salga á mis ansias al encuentro?

III

Lo que te pasa á tí, como á otras muchas, es que, teniendo el corazón pequeño, al ver que es poco aún para darlo á un

[hombre,

pensais que han de ser todos como el vuestro y no queréis creer que á mí me sobra, teniendo un corazón como el que tengo, para poder morirme á un tiempo mismo por todas las mugeres que yo quiero, que... todas las que he amado yo en mi vida no llegan á un millón, ni mucho menos. ¿Quejarte tú de mí? ¡Si tú no sabes todo lo que te quiero!
¿Crees, que, porque ausente me consuma, será sepulcro de mi amor mi pecho? Pues, mira; no hay montañas en la tierra, no hay poder en los cielos, ni valla en el camino de la vida, ni espacio en la medida de los tiempos, que me pueda impedir tenerte siempre el cariño tan grande que te tengo... ¿Que porqué no lo pruebo si lo digo? ¿Que porqué no lo pruebo si te quiero, y no rompo esta ausencia que me mata? Ya iría, ya; pero ¡si estás tan lejos!...

MARCIAL DE LOS RIOS

PROTESTAS

I

Y... ¿dices que no intente defenderme?... No, si no me defiendes; pero es que lleváis siempre las mugeres, dentro del corazón el pensamiento, (según dicen los sábios que conocen todas vuestras mentiras desde lejos) y es claro, en cuanto un hombre no os es-
[cribe, pensais que os olvida ya... ¡y no es eso! Teniendo, como tienes, en los ojos dos girones de cielo, y en esos dos girones, dos auroras, y en cada aurora de esas, dos luceros; teniendo, como tienes, en los labios de capullo de rosa medio abierto, sonrisas como arrullos de paloma, aromas como incienso de los cielos, yo, que tengo un volcán dentro del alma, yo, que tengo por alma un mar de fuego,

EL MOZO DE CONFIANZA

Q

UIEREN ustedes un consejo?

Pues huyan de las confianzas, que es cosa en extremo perjudicial.

No se debe tener confianza ni en el porvenir.

Y no debe darse confianza ni al gato de casa.

Aquí me tienen Vdes. á mí, que soy de lo más inclinado á la confianza que puede darse, y que una vez confiado y cuando ya no puedo volverme atrás, me arrepiento y no tengo valor para anular una confianza concedida.

Entre las personas de confianza que más pesan sobre mí, está el mozo que me sirve en el café.

Se llama Pepe.

(He observado que casi todos los mozos de café se llaman Pepe; casi todos los serenos, Andrés; y casi todos los aguadores, Manuel.)

Pepe me quiere entrañablemente y así me lo dice á menudo.

Como soy el primero que acude á la tertulia, apenas me ve entrar, trae la taza, llama al echador gritando: «¡Caféééé!» y se sienta

frente á mí diciendo: «¡Venga un cigarro, ahora que no nos vé el amor!»

Luego me pide lumbre, después me echa á la cara una bocanada de humo, y comienza su perorata acostumbrada.

—¡Pero hombre, que simpático es usted!

—Gracias, Pepe.

—¡Palabra! De todos los que vienen á la reunión es usted el que me parece mejor sujeto.

—¡Te lo agradezco!

—¡Nada! ¡no lo puedo remediar! Y no es por el tiempo que ya le conozco á usted, sino desde el primer momento. Tengo yo muy buen ojo para la personas.

—¡Dios te lo conserve!

—Mire V.; Don Paco dejó de venir por que me debe diez duros, don Pepito me pidió el otro día cuarenta pesetas para un apuro y no le he vuelto á ver el pelo. Sebastián, ese chato que viene aquí, es un sinvergüenza; aún me debe cuatro cenas y más de veinte cafés... pues todos me sabía yo que me la habían de dar. Lo tienen en la cara; sí, señor. Usted no se parece á ellos. Si me dejara V. á deber una peseta me llevaría chasco.

—¡Dios me libre!

—¡Vamos! ¡que me es V. simpático! ¡que no tengo confianza con nadie si no con V!

En cuanto viene el segundo contertulio, Pepe se levanta y deja de ser mi compañero de mesa, para volver á ser mozo. Entonces le pago, y Pepe se cobra el café y la propina, sin esperar á que yo se la dé. ¡Claro! ¡La confianza!

A veces me dice:

—¡Tome V.! ¡me cobro el café de hoy y el de ayer!

—¡Pero si ayer te pagué!

—No; ayer se olvidó V. de pagar.

—¡Cómo! ¡Yo te juro!...

—¡Nada de jurar! Estoy seguro de ello. Si fuera con otro... ¡no digo! pero ¿tratándose de V? ¡no faltaba más! ¡Con la confianza que hay entre los dos!...

—¡Todo sea por Dios!

Esto me ha sucedido varias veces. Como no le pida todos los días recibo, no veo medio de librarme de este espolio, hijo de la confianza que hay entre Pepe y yo.

Algunos días voy al café media hora antes para leer los periódicos con comodidad, pero Pepe no me deja, y arrebatándome el periódico y echándole á un lado, se sienta frente á mí y dice:

—¡Deje V. el periódico! ¡Caramba! ¡que se va V. á quedar ciego con tanto leer! ¡Charlemos un rato, que nunca tengo ocasión de echar con V. un párrafo!

Y entonces me pide que le hable de todo, de política que me empalaga, de toros que me revientan, de teatros que me tienen harto, de pelotaris... cosa que entiendo poco y á la que Pepe es muy aficionado...

Otras veces me pide noticias íntimas de los que componen nuestra tertulia; por supuesto, *en confianza*; él no habla con nadie de estas cosas más que conmigo. Es decir, que yo, todavía debo agradecerle la predilección que por mí demuestra.

Yo no me atrevo á romper con él ni á restablecer la valla que debiera existir entre el que sirve y el que tiene derecho á ser servido. ¡Dios me libre!

Verdad es que, cuando Pepe echa una copa de *cognac* en alguna de las mesas de al lado y vé que el dueño de la casa está distraído, echa en mi vaso un chorrito de licor bueno y me dice:

—¡Eh? ¿Que tal? ¿Y esto? ¿Lo hago yo con todos? ¿Le quiero á V. ó no le quiero?

—Gracias, Pepe; Dios te lo pague, Pepe (que eres generoso con lo que no es tuyo); ¡Bendito seas, Pepe!

Pepe daría cualquier cosa porque entre él y yo hubiera cuentas, préstamos, deudas, comercio, en fin, todo eso que revela confianza, la mucha confianza que hay entre los dos.

A veces me cuesta gran trabajo conseguir que me cambie un billete.

—No, señor, me dice; no le cambio.

—Sí, sí; cámbiame.

—Digo que no; yo no cambio para una futesa; ya me pagará usted.

—Pero si necesito dinero suelto.

—Pues tome usted dos duros.

—¡Pero, hombre de Dios!...

—¡Nada, no señor! ¡Me ofende Vd. con no tener confianza conmigo! ¡caramba! ¡Si creerá Vd. que hago yo eso con todos?

Si tomo los dos duros *por no ofenderle*, al día siguiente tengo que cambiar el billete, y entonces dice:

—Bueno; me debe Vd. el café de ayer, el de anteayer...

—¡Cómo!

—Sí, señor. Yo ya sé lo que me digo; además el café de hoy, y ¿qué dinero le dí á Vd.? ¿dos duros, ó tres?

—Dos, hombre, dos.

—Pues juraría que fueron tres. ¡Como yo con Vd. no hago cuentas!....

En efecto, no hace cuentas; pero quiere hacer negocio, y, sobre todo, tener *mucha confianza*.

Si almuerzo en el café, no me deja Pepe pedir los platos.

—¿Almorzar? ¡Corriente! ¡No me diga Vd. más! ¡Todo corre de mi cuenta!

Y me sirve lo que á él le gusta, y aun que no me guste lo he de comer y callarme, por aquello de que él sabe lo que se pesca, y lo de que se ha enterado en la cocina de lo que hay mejor, y lo de que no sabe el cuerpo lo que le dán, y otras teorías, hijas, por supuesto, de la malditísima confianza.

Otras veces dice:

—Ayer le cogí á Vd. en el garlito.

—¿En qué garlito?

—Sí; ¡hágase Vd. el tonto! Iba Vd. bien amarteladito con *esa*.

—¿Qué *esa*?

—La morena de luto que vino el otro día, y se asomó y le llamó á Vd., y usted salió y tardó media hora en volver...

—¡Pero Pepe...!

—¡Apuesto á que es casada! Vd. es de los míos: ¡que las mantenga otro!

—Dale bola. ¡Si la que tú dices es mi patrona!

—¿Patrona? ¡No está Vd. mal lagarto! ¡Patrona! ¿Si dijera Vd. matrona?...

—Te digo que es mi patrona.

—¿Sí? ¡Pues me voy de huésped á casa de Vd.!

No puedo, señores míos, no puedo ya con la confianza de mi mozo de confianza.

Ayer le encontré en la calle, muy afeitado, con traje nuevo, bastón de nudos, corbata chillona, puro en la boca.

—¡Hola! le dije. ¿Hoy estás de descanso?

—Sí; hoy me toca á mí. Voy por ahí á que me sirvan: á la fonda, al café... ¡Bastante sirvo yo á todo el mundo los demás días!

Luego, como si subitamente tuviera una inspiración, me dijo:

—¿Vamos á hacer una cosa?

—¿Qué cosa? le pregunté.

—¡¡rnos tú y yo á correrla juntos esta tarde!

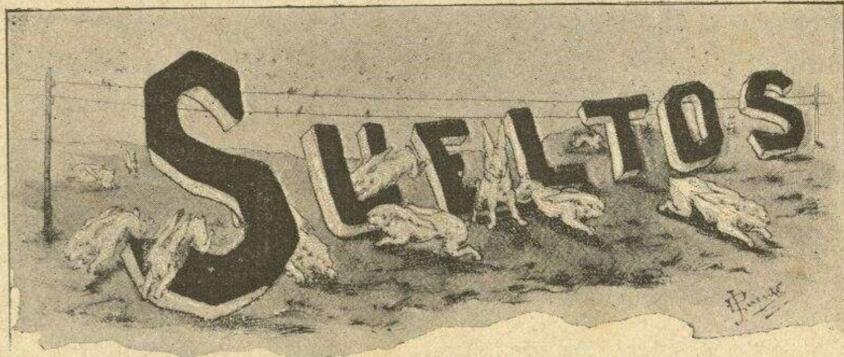
¡Rediós! ¡el colmo de la confianza! ¡Me tuteaba!

Dí media vuelta, y eché á andar deprisa, mientras él se quedaba diciendo:

—¡¡Es que esto no lo hago yo con todo el mundo, *sino con quien tengo confianza!*!

MANUEL MATÓSES

(Prohibida la reproducción)



Leemos:

«Ha sido linchado con la mayor tranquilidad y orden en Montgomery (Alaska) un negro llamado Tom Brunson.»

¡Cáscaras, con la tranquilidad!

Si llegan á lincharlo sin esa recomendación, calculen Vds. lo que le hubieran hecho.

Suerte que, cuando las cosas se hacen de buena manera...

¡Apuesto yo cualquier cosa á que á estas horas está ya el negro tan tranquilo!

Seguimos leyendo:

«Parece ser que ayer tarde tropezó frente la estación de Francia, una *charrette* que guiaba un bolsista muy conocido, el cual resultó con varias contusiones en el cuerpo y una...»

¿En el alma?

No señor, en la cabeza.

Resultado... de chichón,

de todo aquel que *tropieza*

frente cualquiera estación.

Por falta de espacio no podemos dar en este número la continuación de la *Historia de un duro*, y por la misma razón suprimimos la *Correspondencia particular*.

Y conste que esto no lo hemos leído en ninguna parte.

